

**E**l motivo periodístico de este encuentro es el estreno en un teatro madrileño de «A dos barajas», obra de notable contenido polémico que parece va a mantener bastante tiempo en cartel el nombre de este sacerdote de cuarenta y dos años.

La charla, en el abigarrado estudio que Martín Descalzo posee en la preconciiliar calle de Pío XII, fue amplia y cordial, sin rehuir nunca la discusión. A nosotros no nos gusta su pieza teatral, pero nos vimos sorprendidos de comprobar que al autor casi todavía menos. Eso allanó el camino e hizo más fácil nuestro trabajo. Y, como siempre, se habló de proyectos: de la adaptación del musical «Gospel» que Martín Descalzo está realizando (aún pendiente de su aprobación por censura), y de una tercera obra escénica encuadrada en el terreno de una cierta «ciencia-ficción» religiosa.

Para nuestra agenda particular, anotemos que es la primera vez que entrevistamos a un compañero, a un periodista. Y eso siempre se nota.

**TRIUNFO.**—«A dos barajas» es tu segunda experiencia teatral. ¿Cómo surgió el hacerla, qué motivos te impulsaron a escribirla?

**JOSE LUIS MARTIN DESCALZO.**—Surgió después de «La hoguera feliz», mi primera obra, y precisamente a causa de ella. «La hoguera feliz» se hizo en Teatro de Cámara, tuvo muy buena crítica, pero duró tres días en el Español. Esto, para un autor, es decepcionante, claro. Si yo escribo para mil personas, hago poesía, que es donde me expreso a gusto, de una manera pura, sin las impurezas inevitables que tiene el teatro. Parto de que yo escribo para comunicarme, no para hacer estética. Entonces, después de esta decepción, tuve que plantearme una cuestión muy elemental: José Luis, si quieres hacer teatro tienes que hacer el teatro que la gente consume, un teatro... no me gusta la palabra comercial, porque una obra comercial es una obra que se hace para ganar dinero y a mí el dinero me importa un pito... un teatro llamémosle eficaz. Pero, ¿cómo y qué obra podría escribir? Porque yo creo que una obra se puede hacer de dos formas: o porque te sale de dentro y no puedes evitar el hacerla (caso de «La hoguera feliz»), es decir, como una creación; o como una construcción, que es cuando un señor se sienta a la mesa y piensa qué obra voy a hacer. Este es un proceso mental, el primero es un proceso vital.

«Bien, pues en este sentido, «A dos barajas» es una obra de construcción y no de creación. Nació de la necesidad de coger un tema que a la gente le preocupase, de hacerlo con muy pocos actores, con un mínimo costo en decorados y movimiento escénico, logrando, además, que golpee, que preocupe, que interese y que lle-

gue a algún sitio. Porque si esta obra llega a conseguir un cierto rendimiento comercial, quizá en el futuro pueda hacer las obras que realmente ame. Es, pues, una experiencia incluso en el sentido de ver cómo consigo convencer a un productor de que mis obras

pueden tener un cierto interés también para él. Experiencia con la que luego me he entusiasmado hasta un treinta o un cuarenta por ciento, que es el porcentaje que tiene de absoluta honestidad. Porque, hay que desengañarse, si un señor no tiene demostrado



## MARTIN DESCALZO A DOS BARAJAS

● **“Yo hoy me encuentro con que los progresistas no me consideran lo suficientemente progresista, mientras que los integristas me odian”.**

● **“¿Quién ignora que el cura, por su propia formación, es un ser bastante inmaduro?”.**

que es comercial, nunca hará nada. Me puede fastidiar, pero después de lo que pasó con «La hoguera feliz», sé muy bien que si quiero llegar al segundo piso, tengo que subir por la escalera por mucho que la escalera no me guste nada.

«Este es el planteamiento crudo y cruel de la cosa, yo así me lo hice y así nació «A dos barajas». Que consigue lo que quería y, efectivamente, está llegando al público. Creo que es una obra digna, pero no buena; estoy seguro que no es la que quedará de mí. Particularmente, puedo decir que no me gusta.

**T.**—¿Por qué?

**M. D.**—Pues porque está escrita desde fuera. Porque los tipos son muy superficiales, salvo el protagonista. Porque el desenlace es falso... bueno, no es que sea falso, es que es el único que puede haber en una obra montada tal como yo la he hecho. Yo sé también que la obra es dialéctica. Yo sé que su estructura está llena de trucos por todos los lados. Y en cuanto me doy cuenta de que estoy haciendo truco, es que estoy jugando, no digo suciamente, pero tampoco puramente, tampoco con limpieza literaria. Por supuesto que hay fragmentos que me gustan, el último minuto del primer acto o la larga escena de la primera noche, por ejemplo, que está hecha con un cierto interés estético...; la obra tampoco está mal construida y el ritmo está aceptablemente llevado, cosa muy difícil en mí, que propendo mucho al discurso, la metáfora y la imagen... pero no sé, no me satisface más que en la línea de la experiencia, no en la de la creación. Aunque yo no sé si me hago un favor o un desfavor contando todo esto en una revista mientras la obra está en cartel...

**T.**—Depende. Depende de lo que hagas luego y depende de que te veamos como simple autor teatral o como sacerdote que se vuelca en el teatro, con lo que la cosa cambia bastante. Cambia porque, en el segundo caso, se supone que tú utilizarás el teatro para decir una serie de cosas directamente relacionadas con tu condición sacerdotal.

**M. D.**—Yo creo que la cuestión hay que cogerla más arriba. Me explico. Desde luego, de ninguna manera soy un hombre de teatro. Profesionalmente, no soy un escritor. Ni profesional de la novela, ni profesional del teatro, ni profesional de la poesía, en absoluto. Si soy algo, creo que soy profesional de hombre y de hombre que trata de comunicarse. Este hombre, además, es cura y, por tanto, trata de comunicar sus ideas religiosas. Lo único que explica mi modo de actuar hasta ahora es este planteamiento. Me dejo llevar por la vida y me voy comunicando en las formas que en cada momento voy necesitando. No soy un señor que tenga



un camino trazado y dedique toda su vida a cumplirlo. Pienso que esto no es frivolidad, sino un modo de no apreciarme demasiado a mí mismo.

### Cuatro palabras que no pueden publicarse

T.—Entonces, ¿en qué medida no traicionas esa búsqueda de comunicación escribiendo una obra comercialmente eficaz, una obra de truco, una obra que no contiene exactamente lo que tú quieres decir?

M. D.—Vamos a ver, vamos a ver... Las ideas que comunico siempre son ideas más, como es lógico. Lo único que puedo modificar son las formas de comunicación y adoptar caminos de mayor o menor pureza. Cuando escribo un artículo de periódico no hago un poema, esto es evidente, es sólo un cambio de técnica. Ni cambio ni traiciono las ideas, sino que las sirvo más o menos estrepitosamente. En este sentido, yo tomo «A dos barajas» como lo que es, una obra absolutamente de transición para mí. A la espera de otras en las que me exprese más a gusto, con mayor plenitud, como hombre, como cura y como autor.

T.—Toda tu producción está centrada en el tema religioso...

M. D.—Sí, es inevitable.

T.—Pero inevitable por tu condición de sacerdote o motivado por una preocupación que estaría igual en ti de ser seglar...

M. D.—En ese caso tocaría los mismos temas. Es que cuando a mí me piden que distinga entre cura y hombre, perdonad, pero me enfado siempre. Me parece ridícula esa distinción. Es como si a un señor le dices, tú eres liberal, ¿escribes como hombre o como liberal? Un señor que es liberal siempre que escribe escribe como liberal. Y un señor que es socialista, siempre que escribe, escribe como socialista, ¿no? No es que escriba al servicio de un partido, yo nunca he querido escribir al servicio de lo eclesiástico. Vamos a distinguir entre cura y eclesiástico, a ver si así queda claro el asunto. El ser sacerdote es algo sustancial de mi vida y de mi persona. Entonces, yo siempre que escriba escribiré como cura. No siempre escribiré como clérigo, como hombre de la estructura, no. La estructura la aceptaré hasta los puntos en que crea necesario, pero no escribiré para defender causas o tesis que interesen a la estructura en un determinado momento. Si a mí mañana me llama el arzobispo y me dice: «José Luis, haz una obra para defender el celibato», yo le diré: «Señor arzobispo, lo siento mucho, pero no puedo hacer una obra que usted me mande para defender una cosa que en estos momentos necesita la es-

tructura». Ahora, si yo siento el celibato, supongamos, sí la haré, pero porque lo lleve en las entrañas, no porque me lo manden. Acepto que la estructura me guíe en la predicción, no en la literatura, son cosas muy diferentes.

»Insisto en que me parece inevitable que mi obra sea religiosa. En algún caso he intentado que no lo fuese, y no me ha salido. «Querido mundo terrible», mi último libro de poemas, tiene dos primeras partes que realmente no son religiosas. Sin embargo, la estructura del libro ha terminado siendo religiosa, por encima de mis planteamientos estéticos y de mi deseo. Es lógico, por otra parte.

T.—Pero resulta difícil de creer el que, dadas las características de la sociedad española, no te condiciones de alguna manera tu

dónimo. La primera, «La frontera de Dios», levantó una gran polvareda, un lío grande no por la novela en sí, sino por el hecho de que la hubiera escrito un cura. Estábamos en el año cincuenta y seis, el mundo ha corrido mucho desde entonces acá. Por ese jaleo que se formó, cuando hice la segunda —«El hombre que no sabía pecar», editada por Destino bajo el seudónimo «Martín de Azcarate»— tenía la absoluta seguridad de que no sería publicada. Recuerdo que la mandé a censura eclesiástica y entonces me dijeron que la novela tenía cuatro palabras que no podían publicarse: José-Luis-Martin-Descalzo...

»Entonces me planteé el problema de si debía obedecer o no. Obedecí, no sé si acerté o me equivoqué, hoy no estoy seguro. En ese momento se me planteó

Hoy sé que me equivocaba, que es un género tan digno como cualquier otro. Lo cierto es que, curiosamente, mi vida ha estado encarrilada todo este tiempo por aquella historia.

»Pero tampoco creo que haya que lamentar nada de lo que ha pasado en nuestras vidas, simplemente me he dejado llevar por los acontecimientos. He hecho algo como periodismo que no me va, porque no soy hombre de acción. La gente cree que a mí me divierte dirigir una revista como «Vida Nueva», que dicen que es progresista. Pues no, no me divierte nada, a mí la polémica me aterra y me fastidia, yo lo que quisiera es quedarme en mi casa leyendo y oyendo música, y escribir encerrado aquí. No la acción directa, no la toma de postura diaria sobre cada problema a la que te obliga el periodismo. Lo adopté porque me empujaron ahí; si otro día me empujan a otro sitio, pues iré, ya veremos... Lo único que considero realmente positivo en todo esto es que diez, doce años después de aquella prohibición, puedo escribir sin problemas mayores lo que entonces se me negaba.

### Neuróticos-analféticos

T.—Esa «crisis de la elección» de que hablas, refiriéndote a ti mismo, también se le plantea —aunque en distintos términos— al protagonista de «A dos barajas». Volviendo a la obra, ¿no crees que, al matarte en la última escena, soluciones de manera excesivamente fácil el conflicto, evitándote así tomar una postura concreta frente a los hechos que narras?

M. D.—No, porque la obra empieza con la muerte, por algo la titulo «Réquiem en dos actos». Este señor, entre su vida, la estructura, el mundo, su cobardía, sus neurosis..., este hombre ya está muerto cuando se levanta el telón. Fijaos que la última escena es igual a la primera, y la única transición es que al principio está muerto por dentro y luego ya físicamente. O sea, que no es un tubo de escape que yo me he inventado. Si siguiera viviendo, pues tendría un hijo y lucharía con él, porque su hijo tendría una libertad que él no entendería... seguirían una serie de fracasos. Si yo mato su cuerpo, es porque de alguna manera tiene que terminar la obra, ¿no?

T.—Pero, ¿por qué has localizado un problema tan amplio como el que planteas en un caso anormal, en un ser excepcional por su inmadurez, como es Juan, tu protagonista, en vez de abordar esta problemática en términos más generales?

M. D.—Tened en cuenta que toda obra literaria es una obra límite. En el fondo-fondo, ¿Hamlet es un hombre normal? No,



condición de cura. Por poner un ejemplo extremo, si a ti te apetece escribir un vodevil frívolo, no puedes hacerlo porque seguramente sería un escándalo...

M. D.—Hombre, condiciona todo y a todos. Condiciona el país en que vives, el tiempo en que existes, el director que te patrocina, el productor que te lanza, el trabajo que haces..., todo. Yo tengo los mismos condicionamientos de cualquier escritor más algunos derivados de ser cura, por supuesto, incluso he tenido oscilaciones por este motivo. Nadie sabe, por ejemplo, que la segunda novela mía se publicó con seu-

por primera vez en mi vida la crisis de la elección, me hacían optar entre dos cosas, escritor o sacerdote, y pasé un año espantoso, muy difícil. Esa opción me parecía disparatada y estúpida, injusta, innecesaria, todo junto. Si hubiese sido definitiva, creo con honestidad que habría optado por el sacerdocio. Lo cierto es que me refugié en el periodismo y empecé a trabajar en «La Gaceta del Norte», desde la que luego pasé a «ABC». Así podía realizar una vocación literaria, ya que se me cerraba la novelística. Por entonces, yo odiaba el periodismo, me parecía un subgénero.





Dos escenas de la obra «A dos barajas», de la que su protagonista, Juan, al que el autor no pretende elevar a símbolo ni tesis, es un personaje inmaduro, obsesivo, destinado de antemano al fracaso. En la foto de la página anterior, Lola Cardona y Pedro Sempson; sobre estas líneas, Enrique Vivó y Enrique Cerro.

Hamlet es un neurótico. Ningún gran personaje literario es un personaje centro de su problemática, siempre es uno de los extremos y lo eliges precisamente porque en él la problemática es más visible. Entonces, yo no es que diga que todos los secularizados viven este dogma, sino que cojo un caso límite. Para mí, Juan es un personaje inmaduro, obsesionado con la idea de ser feliz, que no se ha desarrollado como ser humano. Con lo cual estoy diciendo también que, en buena parte, los sacerdotes somos inmaduros. No lo quiero elevar a tesis absoluta y total, pero, ¿quién ignora que un cura, por su propia formación, es un ser bastante inmaduro? No digo que todo cura sea incapaz para el amor, sin embargo, ¿quién ignora que un cura ha sido formado para un análisis tal que inevitablemente le lleva a que resulte muy difícil el que sea un hombre que pueda amar? Esto queda reflejado en el análisis continuo que Juan hace en la primera noche que pasa con su mujer, hablo ahí del neurótico-analítico que somos casi todos los curas. Cuando un señor ha estado durante doce años haciendo todos los días a mediodía examen de su mañana, y todas las noches examen de su tarde; cuando una vez al mes dedica un día entero a pensar en el mes y cuando todos los años dedica diez días a pensar en el año, este señor, inevitablemente, se convierte en un analista brutal de sí mismo. Con lo que, ¿no se incapacita, en cierto sentido, para la convivencia? Todo esto está dicho en la obra, el que quiera verlo, que lo vea y lo entienda.

»Insisto en que yo no elevo nada a tesis. De los que se han casado, hay gente que es muy

feliz y gente que es muy desgraciada; tengo compañeros en uno y otro terreno. No he querido pintar el coco de decir, no os secularicéis porque vais a ser desgraciados, no. Ahora, en cierto modo, vengo a decir, ojo, señores, ojo, que para un cura es muy difícil amar después.

T.—Sin embargo, al tener la obra una estructura en gran parte simbólica y expresionista, el público puede llegar fácilmente a esa conclusión admonitoria de que el que se sale se acaba por destruir...

M. D.—Sí, claro, pero este es el riesgo de todo el que escribe, ¿no? Escribir es una acción ambigua por su propia naturaleza. Porque el lenguaje es un fenómeno absoluto e inevitablemente ambiguo. Pero vale la pena escribir, aun sabiendo uno que nunca será entendido. La meta es provocar una meditación que lleve a cada lector o a cada espectador hasta el sitio de que él sea capaz. El escritor es un señor que se resigna a no ser entendido, a decir lo que piensa y a que luego los demás saquen lo que quieran.

T.—Ambigüedad cierta, pero muy peligrosa en casos como este, en que se abordan temas muy vivos, muy polémicos, ante los que —proviendo, sobre todo, de un sacerdote— el público busca una opinión tuya sobre el celibato, por ejemplo, y la busca hasta creerla encontrar de alguna manera.

M. D.—Sí, sí, la gente, lo que quiere es que hagas obras de tesis. Lo gracioso es que todo el mundo nos dice a los curas que sólo sabemos predicar, y cuando no hacemos obras de tesis se nos enfada... Mi planteamiento ha sido un poco el de desmitificar

el tema. Entre los dos tópicos del cura-monstruo y el cura-héroe, he tratado de hacer un antihéroe, un ser humano que se enfrenta con unos determinados problemas. No digo que yo haya adoptado la mejor de las salidas, pero sí me parece la más noble.

## Un problema endemoniado

T.—Ampliando bruscamente los términos de la entrevista, nos gustaría que —como director de una revista de las características de «Vida Nueva» y como redactor de la página religiosa de «ABC»— resumieras brevemente lo que para ti es esencial dentro de las tensiones y contradicciones por las que está pasando la Iglesia hoy en España...

M. D.—Creo que el momento es muy difícil. Es un momento de viraje, de cambio, en el que la Iglesia busca posiciones nuevas y se encuentra con que eso no es nada sencillo. Porque cuando la Iglesia era monolítica, si los obispos decían a la derecha, nos íbamos a la derecha; si los obispos decían a la izquierda... Ahora, resulta —primero— que los obispos ya no dicen ni a la derecha ni a la izquierda, sino que cada uno dice una cosa distinta. Y, segundo, que aunque digan a la derecha o a la izquierda, la gente les sigue o no les sigue. El problema es gordo, claro.

»En materia política, nos encontramos con un fenómeno muy curioso y muy típico, y es que Iglesia y Estado han estado siempre unidos, pegados, y ahora, cuando queremos que se separen,

resulta que nos encontramos con que media Iglesia se queda pegada al Estado. ¿Hay que pagar, entonces, la separación de Iglesia y Estado al precio de la división de la Iglesia? Es un precio demasiado fuerte, ¿no? Para mí, este es un momento de pulso, de equilibrio. Por mi parte, y dentro de la línea independiente que lucho por mantener, confieso que así como en lo religioso soy muy conservador, en cambio no tolero que se mezcle lo civil con lo religioso en casos tan concretos, por ejemplo, como el del matrimonio.

»El problema es que mientras otras Iglesias, Francia o Alemania, han hecho su evolución conciliar, su maduración, a lo largo de treinta años, nosotros, antes y en los cuatro años después del Concilio, nada; estamos haciendo en tres años lo que otros han llevado a cabo en muchísimos más. Y una cosa que se hace tan precipitadamente, siempre se hace mal, con radicalismo y dificultades. Por un lado, hay que acelerar, la gente joven, las nuevas generaciones, lo necesitan. Por el otro, te da piedad de aquellos que no te siguen y tratas de no intensificar los acelerones para ver si se van acoplado al ritmo de la marcha. El problema para un eclesiástico, hoy, es endemoniado.

»Por eso, yo, personalmente, soy un señor que vacila todos los días y que no sabe nunca qué debe hacer. Ese debe ser el motivo por el que yo desconcierto un poco a la gente, que se pregunta: pero, bueno, Descalzo, ¿qué es? ¿Progresista, integrista o qué es...? La respuesta es muy simple: Descalzo es un señor que cada día se pregunta qué tiene que hacer, que no toma partido ni por la derecha ni por la izquierda, ni por el progresismo ni por el integrismo, sino que, en cada caso, él toma la postura que le parece honesta, aunque, a veces, esas posturas resulten entre sí contradictorias. Yo hoy me encuentro con que los progresistas no me consideran lo suficientemente progresista, mientras que los integristas me odian... Postura todo lo discutible que se quiera, pero es la mía, la que yo he adoptado libremente.

T.—¿Y le es posible a un sacerdote mantener actualmente en nuestro país una línea independiente, una trayectoria personal?

M. D.—Sí, creo que sí. Por supuesto, a costa de bastante dolor, pero del mismo dolor que pasa cualquier persona, un universitario o un obrero, por ejemplo, ni más ni menos. En España toda posición personal es difícil, y no creo que la del cura lo sea más que la de cualquier otro español. No vamos a pintarnos como héroes, porque no lo somos. ■ (Entrevista realizada en magnetofón por FERNANDO LARA y DIEGO GALAN. Fotos: MANUEL S. URÍA.)